







3-IX-17



R. 37628

(1)

JORNADA  
DE CARLOS V.  
Á TUNEZ

POR EL DOCTOR  
GONZALO DE IZLESCAS.



MADRID:  
EDICION ESTEREOTÍPICA.

1804.



1844

JORNADA

DE CARLOS I

A LLENEN

por el doctor

GONZALO DE MENDOZA



MADRID

LIBRERIA DE...

1804

---

---

# AL REY

N. S.

---



LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

---

A. J. REY

1887

---

LA ACADEMIA DE LAS CIENCIAS



---

## ADVERTENCIA.

Viendo la Academia española los progresos del arte estereotípica, y la comodidad que proporciona de tener ediciones correctas, y no costosas; suplicó á S. M. en el año de 1801 se sirviese dar sus reales órdenes, y prestar sus auxílios, para que se aprendiese el método con que se executaba esta clase de ediciones en Paris. Oyó S. M. con gran complacencia esta súplica, y mandó que sus pensionados don Mariano Sepúlveda, grabador en hueco, y don Antonio Malacuera, constructor de máquinas, se enterasen de este método, baxo la direccion del cónsul y agente general de S. M. en Paris don Fernando de la Serna, el qual como individuo de la Academia podia caminar de acuerdo con ella: y á este cuerpo le ordenó que quando tuviese ya arreglada la nueva imprenta, empezase las ediciones de los autores clásicos castellanos y de otras lenguas. Consiguióse con mucha prontitud lo que se apetecia, por la grande inteligencia y actividad del señor Serna, y la destreza de los dos artistas comisionados: y en el año de 1802 envió ya á S. M. el expresado cónsul una prueba impresa por ellos

en Paris. Restituidos á Madrid, y habiendo recibido la Academia los instrumentos y demas utensilios que traían, les encargó la construccion de las máquinas que faltaban; y aunque no está corriente todavía lo necesario para la execucion completa del proyecto, ha querido la Academia presentar á SS. MM. y á la nacion una prueba pequeña, pero arreglada á las reales órdenes, imprimiendo con este método dos obritas, una en prosa y otra en verso, de autores clásicos de nuestra España.

El precio á que podrán salir las ediciones estereotípicas no es posible graduarle por ahora, pues én los principios todo es mas costoso; pero nadie puede dudar de sus ventajas, habiendo visto las obras impresas en Francia, en Inglaterra y en Alemania.

---

Dos hermanos habia en la isla de Lesbo en la ciudad de Mitilene, cabeza della, hijos de un hombre bien pobre, griego, turco de ley, que se llamaba el uno Horrucio Barbaroxa, y el otro Hariadeno. Eran estos dos tan pobres, y de vil suerte, que no tenian en esta vida otra hacienda, mas que una galerilla de á dos remos por banda: con la qual se metieron poco á poco en la mar á robar lo que podian de pasajeros cristianos, y aun no cristianos, como gente perdida, y que no tenian que comer si no lo hurtaban. Y como quiera que por sí solos no bastaban á sustentarse, procuraron arrimarse á un muy famoso corsario que se decia Camales, para que los favoreciese, y los enseñase en aquel oficio. Diéronse tan buena maña ellos á servirle, y él á favorecerlos, que en pocos dias se hicieron ricos. Con lo que habian ganado, que no era poco, apartáronse de Camales para hacer cabeza por sí; y tomando en su compañía otros ladrones menores, hicieron una flota, y todos diéron el titulo y nombre de capitán á Horrucio Barbaroxa, como á mas anciano, y mas diestro en el oficio. Hizose en pocos dias Horrucio tan poderoso con gentes que se le venian á juntar, que tuvo ánimo para des-

viarse bien de su tierra. Y allegándose á la costa de Berberia, vino á tocar en Argel á tiempo que dos hermanos traian entre sí cruel guerra sobre la sucesion de aquel reyno. El uno dellos, que por sí no tenia fuerzas para poderse defender de su hermano, acudió de presto á Horrucio Barbaroxa, y rogóle que le favoreciese, prometiéndole una gran suma de dineros: y él holgó de hacerlo de muy buena gana. Diéronse los dos tan buen cobro, que en pocos días despojaron al otro hermano, y quedó el amigo de Barbaroxa con el reyno pacíficamente. Horrucio estuvo con esto algunos días en paz, yendo y viniendo á sus negocios de cosario, y reuniéndose muchas veces en Argel como en casa de su amigo hasta que le tuvo seguro: y quando él mas descuidado estaba, hizole una tal burla, que le mató con todos los amigos que tenia, y se levantó con el reyno á devocion del Gran Turco Soliman, cuyo vasallo él era, como turco de nacion. Ganó despues el puerto de Cercello, que antiguamente se llamó Julia Cesarea, y dende el un puerto al otro alteraba toda la mar, y las costas de España y Francia hasta Venecia; que no se podia por ellas navegar sin grandísimo peligro. Puso despues Horrucio cerco sobre Bugia, y tóvola puesta en harto trabajo; pero

fué su desgracia que con una pelota de artillería le llevaron el brazo derecho casi todo, y así tuvo por bien de alzar el cerco para irse á curar de aquella cruel herida. Sanó muy bien, y púsose un brazo y mano de hierro con tanta destreza, que apénas sentia falta ninguna. Con él hizo cosas hazañosísimas, porque venció á Diego de Vera cerca de Argel: peleó con don Hugo de Moncada, y hizole retirar á las galeras, y por una tempestad que sobrevino hubo en su poder la mayor parte de su gente. Quitó despues el reyno al rey de Tremecen, amigo y tributario del Emperador. Vino desde ahí á poco sobre Oran, y allí fué vencido; y se salió huyendo, y en el alcance vino á poder de sus enemigos, y ellos le cortaron la cabeza, la qual se traxo despues por muchos pueblos de España, como en triunfo, con grandísimo regocijo de toda la cristiandad, pensando que con faltar Horrucio Barbaroxa quedaba la mar y la tierra segura de sus ladronicios. Pero engañáronse mucho, porque el otro hermano Hariadeno, así como le sucedió á Horrucio en el nombre llamándose tambien Barbaroxa, así tambien le sucedió en el reyno de Argel y de Cercello, y en el ser inimicísimo de cristianos: y con otro espíritu mas que el de su hermano comenzó á quererse hacer

señor de toda la costa de África, teniendo por poco todo lo que el hermano le habia dexado para hartar su insaciable codicia. Era temido extrañamente de los moros y alárabes, y mucho mas de los insulares de Sicilia y Córcega, Cerdeña, Mallorca, y de las otras islas y costas de la cristiandad; porque luego se le juntaron todos los cosarios de menor nombre. En todas las cosas que tomaba entre las manos era dichosísimo sobre manera: mató por asechanzas al capitán Hamete, que venia contra él con infinita multitud de alárabes, y despues venció otros dos capitanes, Beucádes y Amidas. En la mar vencio, como ya diximos, á don Hugo de Moncada junto á Cerdeña: desbarató y mató á Portundo el año de veinte y nuevé quando se volvia de llevar al César á la coronacion: tomóle ocho galeras, y llevó preso al hijo á Constantino-  
pla. Como cada dia ganaba galeras, vino á tener tantó número dellas, que pudo competir con Andrea Doria, y aun le venció una vez junto á Cercello. Tomó una fortaleza que tenian españoles muchos años habia cerca de Argel, y púsola por tierra. Con estas y con otras famosas hazañas vino á ser conocido por fama del Turco Soliman, el qual quando volvió á Constantinopla, huyendo de Viena, envió por él para hacerle capitán gene-

ral de sus galeras en lugar de Himeral, el que huyó de Andrea Doria quando ganó á Coron. Favorecióle á Barbaroxa mucho el grande privado de Soliman Habraim basá. Holgóse extrañamente Barbaroxa de tan alegre embaxada, y con quarenta galeras bien armadas partió de Argel para Constantino-  
pla. Venció y quemó en el camino ciertos navíos genoveses que iban por trigo á Sicilia: saqueó á Rio y la isla Ilva: llevó consigo al rey Roscétes de Túnez, hermano de Muleásés, que habia sido vencido y despojado por él, y se habia encomendado á Barbaroxa para que le favoreciese contra Muleásés. Con este Roscétes hizo Barbaroxa grande ostentacion, y pudo acabar con Soliman que le diese el oficio de capitan general, para que fué llamado. Diósele juntamente el nombre de basá para que fuesen con él los basás quatro, que no solian ántes ser mas de tres. Dióle Soliman de su mano las insignias de capitan general, y entrególe luego ochocientos mil ducados para proveer la armada, y ochocientos genízaros para con que hiciese la guerra contra Muleásés. Salió Barbaroxa de Constantinopla con ochenta galeras un poco ántes que Soliman se fuese á la guerra de Persia: dexó en el puerto otras doce galeras para que Amurates su capitan pasase en ellas

el ejército de Soliman en Asia: tomó tierra Barbaroxa en Calabria: saqueó á san Lucido, adonde halló riquísimo despojo, y llevó cautivos todos los vecinos del lugar sin dexar uno: fué á Citrario, porque le dixéron que se labraban allí galeras: no halló gente, y mandó quemar la madera con que se labraban: pasó de allí á vista de Nápoles; y si saltara á tierra, no dexara de hacer harto daño, y aun por ventura tomara la ciudad, porque estaba sola y sin defensa: pasóse á la isla Prócida, y saqueó la ciudad: saltó al puerto de Gaeta, y tomó la Espelunca, pueblo allí cerca, cautivando mas de mil y docientas personas. Entráronse por la tierra de noche hasta Fundí docientos turcos con intencion de prender á la hermosísima Julia Gonzaga, nueva de Próspero Colona, una de las mas hermosas mugeres que se han visto en el mundo en nuestros tiempos (segun refiere Ariosto en su Orlando furioso, y así lo oí yo decir á quien la conoció), y es averiguado que volaba la fama de su extraña hermosura y graciosísimos ojos. Fué grandísima ventura poderse escapar esta señora, porque los turcos entraron la ciudad, y matáron casi á todos los que dentro halláron, profanando y destruyendo los templos, y las honradas sepulturas de los coloneses con las banderas y tro-



feos de sus vitorias que allí estaban. Quisiera infinitísimo Barbaroxa haber á las manos á la señora Julia para hacer presente della á Soliman; pero no quiso Dios que aquel bárbaro gozase de tan rara belleza. Robó despues la ciudad de Terracina con la misma crueldad que hizo á Fundi. Acudieron luego á Roma con la nueva los vecinos de Piperno al tiempo que el pontífice Clemente estaba en la cama muy al cabo de la enfermedad de que murió. Fué grandísima la turbacion que se sintió en la ciudad, porque cierto ella estaba tan sola y desapercibida, que si por malos de pecados á Barbaroxa le viniera gana de probar ventura, tiénese por muy cierto que pudiera saquear á Roma. Juntáronse luego á consistorio los cardenales, sacaron de la cámara y erario apostólico todo el dinero que se pudo hallar, y encargóse al cardenal Hipólito que tomase el cuidado de defender la patria. Hízose alguna gente que salió en campaña; pero todos eran ladrones y gente perdida, y por do quiera que pasaban hacian mas daño que hicieran los mismos turcos, si por allá anduvieran. Pero al fin no fué menester, porque Barbároxa llevaba otro desig- nio, y de presto dió consigo en África con tanta diligencia, que quando pensaban en Ro- ma que le tenian áuestas, estaba él sobre

Túnez á fin de tomar á Muleásés de sobre salto; porque todas estas salidas que hizo en Italia, las hizo por engañarle, y porque pensase que su venida no era contra él, sino contra cristianos. No embargante, que siempre echó fama (y así se creyó en Túnez) que llevaba consigo á Roscétés para restituírle en su reyno. Aunque Muleásés bien sabia que quedaba medio preso en Constantinopla, y por eso se descuido asegurarse, porque sabia él que el mayor pertrecho que contra él podia traer Barbaroxa era su hermano, porque tenia muchos amigos en Túnez. Era Muleásés hijo de Mahométes, rey de Túnez, y de Lentigesia, una de sus mugeres, de nacion alárabe, tan varonil y ambiciosa, que con tener Mahométes otros veinte y dos hijos, y algunos mayores que Muleásés, ella tuvo maneras como el fuese rey en competencia de todos sus hermanos. Á Maymon, el hijo mayor, levantóle Lentigesia que se habia querido alzar con el reyno, y tuvo manera como su padre le hizo matar. Roscétés se escapó huyendo. Á todos los demas prendiólos Muleásés, y mató algunos, y los demas cególos con el artificio que usan los bárbaros de poner ante los ojos una plancha de cobre encendida. Los tres de estos ciegos Barca, Baletes y Saytes hallolos despues su Magestad en Tú-

nez, y tráxolos consigo. Mató así mismo Muleásés todos quantos sobrinos y parientes pudo haber, y con ellos hizo tambien matar á dos amigos de su padre, los que por su industria habian muerto á Maymon. No los mató por otra cosa sino por no les pagar aquella buena obra, y porque no les pagando como debia, de fuerza se le habian de rebelar. Tuvo tambien Lentigesia maneras como matar casi todas las mancebas y mugeres de su marido; y algunos dixéron que Muleásés con su industria della hizo morir consigo á su propio padre, que así se usa entre gente tan bárbara. Todas estas tiranías publicaba Barbaroxa que queria castigarlas, y restituir el reyno a Roscétes; pero no era esta su intencion, sino de hacer lo que hizo. En pasando de Italia, tomó puerto en Biserta, y echó fama que Roscétes quedaba en su galera mal dispuesto, y por eso se le rindiéron luego los de Biserta ántes que Muleásés supiese su venida. Salió de allí con sus galeras, y púsose á vista de la Goleta. No le recibieron dentro, como tenia pensado, porque los que tenian la fortaleza dixéron que pasase adelante sobre su seguro, y que ganando él la ciudad, se la darian ellos luego. Estaba ya la ciudad alborotadísima con pensar que Roscétes venia: Muleásés era extrañamente mal quisto

por sus crueldades, y por eso acordó de irse, y con harto trabajo pudo salirse huyendo de la ciudad, sin llevar consigo dineros ni joyas, que tenia infinitas. Como los de Túnez vieron salido de la ciudad á Muleáses, tomaron la muger y los hijos de Roscètes, y salieron con ellos muy gozosos á recibir á Barbaroxa, pensando que Roscètes venia con él allí. Saltó luego Barbaroxa en tierra, púsose á caballo, y tomó consigo hasta cinco mil hombres, y entró por la ciudad con una grita muy grande, apellidando todos Soliman, Soliman Barbaroxa, Barbaroxa. Los de Túnez, que andaban buscando con los ojos si vian á Roscètes, como no lo hallaban, y despues supieron de cierto que quedaba casi preso en Constantinopla, y vieron que Barbaroxa los habia engañado por alzarse con la ciudad, acudieron todos á las armas. Tomaron por su capitán al mesuar de la ciudad, que es lo mismo que gobernador ó corregidor: pusieronse todos en un lugar alto, y comenzaron á apellidar la traición que Barbaroxa usaba con ellos. Hicieron luego un correo, y muchos á Muleáses que volviese; y con el mismo furor que tenian contra Barbaroxa acometieron á los turcos, y mataron muchos dellos. Muleáses volvió luego, porque aun no habia pasado de los huertos donde posan los rabastenos, que

no habia sino cisternas, que para beber en ellas se habia necesariamente de desordenar el campo. Para remediar esto aconsejó á todos que llevasen sus botas ó calabazas en las cintas, ó algunas bestias cargadas de agua. Importáron tanto estas cosas, que sin ellas apénas se pudiera conseguir el fin deseado. Diéronse los capitanes por órden de su Magestad toda la priesa posible por ir ganando tierra hácia la ciudad, llevando sus trincheas adelante, segun órden militar, por ir mas al seguro con intencion de allegarse á tiro de culebrina para poder batir el muro, y dar los asaltos necesarios. Entre tanto no dexaba cada dia de ofrecerse ocasion de escaramuzar, y aun alguna vez se encendió el negocio tan de veras, que por poco se peleara de poder á poder. Aquel dia fué mal herido Garcilaso de la Vega, elegante poeta español, y aun matáranle si no le socorriera Frederico Garrafa, napolitano, y fué menester que su Magestad en persona saliese con sus hombres de armas al socorro; y aun es averiguado que peleando el mesmo César valentísimamente, sacó de entre los pies de los moros á un Andres Ponce, caballero andaluz, que le habian muerto el caballo, y él estaba caido en tierra. Saliéron de ahí á dos ó tres dias hasta treinta mil moros á tomar una torre que tenian ga-

nada los nuestros en un cerro alto, donde antiguamente fué la famosa ciudad de Cartago. Llevaban los moros delante de sí un sacerdote ó alfaquí, el qual iba derramando muchas cedulillas de conjuros y maldiciones contra los nuestros, pensando dañarlos con aquello. Acudió su Magestad con algunas banderas de caballos en socorro de los de la torre: dió en los moros con grandísima furia matando muy muchos, y entre los primeros murió el hechicero alfaquí que los guiaba: puso los demas en huida, y aun afirmaba despues su Magestad que si llevara consigo una sola banda de ballesteros á caballo, que hiciera aquel dia una jornada importantísima; y propuso de hacer de manera que de allí adelante se usasen en la guerra estos ballesteros, porque para muchas cosas venian á ser menester. Eran tan diestros los alárabes y moros en el pelear á caballo, y tenian á los nuestros tan conocida ventaja en el saberse menear, y en sufrir el calor y los otros trabajos de aquella calurosísima tierra, que se conocia bien que viniendo á batalla campal se habia de tener harto trabajo en la vitoria; y tan de veras se imprimió en algunos esta imaginacion, que no faltó quien pusiese en plática que seria bien dar la vuelta para España, sin proceder mas adelante en la guer-

ra; diciendo que su Magestad se podia contentar con lo hecho, y cumplir con su reputacion con haber ganado la Goleta, y las galeras del enemigo, pues aquella era su principal fuerza, y las armas con que solia castigar el mundo; dexado á parte que cada dia se morian en nuestro campo muchos de fluxo de vientre. Vino esto á oidos del César, y sintió dello gran desabrimiento, pesándole mucho de que hubiese en el campo gente de tan poco ánimo. Para sacarlos de la duda que tenían de la vitoria hízoles á todos un grande razonamiento, reprehendiendo á los que tal plática como esta osaban mover, porque en ella mostraban tener harto mas cuidado de la vida que no del honor. Díxoles que si algunos inconvenientes hallaban en la empresa, los debieran advertir en España ántes que se pusieran á lo que se habian puesto, y no quando ya no se podia dexar sin gran vergüenza: que bien vian todos quan á su gusto pudiera él estarse en su casa con su muger y con sus dulcísimos hijos si hubiera querido pasar en disimulacion, como otros reyes, las injurias de toda la cristiandad; y que pues todos sabian quan urgentes eran las causas que allí le habian llevado, no tratase nadie de pensar que habia de alzar la mano de aquel negocio hasta poner en él el fin deseado, o á

lo ménos morir honradamente, como qualquier hombre valeroso lo debe procurar: finalmente vino á decir que se aparejasen para la batalla, que luego la queria dar si se topase con el enemigo, ó si no batir el muro, y darle el asalto dentro de la ciudad. Con esta plática quedáron en resolucion de que se habia de llevar al cabo el intento de la empresa que tenian comenzada, y sin otra dilacion luego se comenzó á poner á punto la partida para la ciudad de Túnez en órden de batalla formada. Púsose en el castillo de la Goleta el recaudo conveniente, aderezóse el artillería en sus carros, y de la manera que con más facilidad se pudiese llevar. El Marques del Vasto quiso su Magestad del Emperador que aquel dia hiciese el oficio de capitán general, y así acetó el cargo que el César le dió, tomando para sí la avanguardia con los italianos á la mano izquierda, y con los españoles á la derecha. En medio iban los tudescos, adonde tambien iba el duque de Alba don Hernando de Toledo. Su Magestad andaba sobresaliente animando á todos, aunque su propio lugar era la batalla adonde iba el estandarte imperial con el infante don Luis, su cuñado. El principal coronel de los italianos era el príncipe de Salerno, de los españoles el señor Alarcon, y de los tudescos Ma



ximiliano Eberstenio. Poníales el Emperador delante á todos el premio de la vitoria, que habian de ser los despojos de aquella riquísima ciudad: traíales á la memoria sus muchas hazañas, y lo que en su servicio habian hecho en las guerras de Italia: prometiales el descanso tras aquellos trabajos, y todo esto con tan alegre rostro, y tan lleno de confianza, que todos á una voz le prometiéron de darle en las manos la vitoria, y aun de seguirle si les queria llevar hasta la Casa santa. Barbaroxa, que supo de sus corredores como nuestro campo se le acercaba, hizo del suyo lo que Muleásés tenia ya dicho que haria. Salió al campo, y púsose en orden de pelear, echando delante la gente vil y de poco precio, y quedóse con la mayor en la retaguardia. Quando los nuestros llegaron á las cisternas, como el calor era ardentísimo, y la sed tanta que no bastaba el agua que se llevaba en botas, tanto que alguno hubo que dió por un jarro della dos escudos; acudieron tantos y tan desvalidos al agua, que se desordenaron algunos esquadrones con harto peligro: y si los enemigos acudieran entónces, se pudiera recibir algun notable daño; pero ellos no vinieron, y su Magestad y los otros capitanes acudieron á echar á palos la gente de sobre el agua, y así se volvió toda

á su órden. Tenia Barbaroxa bien cien mil hombres; y quando los nuestros llegaron á vista de su campo, comenzó á disparar de su artillería, pero sin fruto ninguno. Venia mas atras la nuestra, y por eso no se pudo jugar; y porque el camino era arenoso, y la llevaban en carros ó en hombros de esclavos, no se podia mover con diligencia. Era tanta la gana que los cristianos mostraban de verse ya envueltos con los enemigos, que cada momento de dilacion se les hacia un año. Á esta causa le pareció al Marques que no debia dilatar mas el rompimiento, ni servirse aquel día de las culebrinas, sino arremeter luego, porque los suyos no se enfriasen, ó los turcos cobrasen ánimo con pensar que los nuestros se detenian de miedo. Con esta determinacion acudió el Marques á su Magestad, que andaba entre los delanteros, discurriendo de una parte á otra, exhortando y animando á todos, y díxole estas palabras: Si á vuestra Magestad le pareciese yo no esperaria hoy artillería, sino tocaria luego arma. Respondió entonces el César. Tambien me parece á mí eso; mas yo no lo puedo mandar; vos que podeis, hacedlo, pues es hoy vuestro dia. Respondió el Marques con rostro alegre: Bien me parece, señor, que haya vuestra Magestad querido echarme á costas esta carga. Y pues así

es, yo quiero usar mi oficio: y ante todas cosas mando á vuestra Magestad que luego se vaya á su puesto, y se ponga en su batalla con el estandarte, no sea nuestra mala suerte que se desmande algun arcabuz, y peligre vuestra persona para total perdicion del mundo. Hinchóse el César de alegría quando oyó tan cortesanias palabras, y volvió luego las riendas al caballo, diciendo: Pláceme por cierto de obedecer lo que mandais, aunque no habia de que temer, que pues nunca emperador murió tal muerte como esa, no es de creer que la moriré yo. No hubo bien su Magestad llegado á su puesto, quando luego sin mas detenimiento se dió señal de arremeter. Fué tanta la priesa y el ánimo con que se hizo el primer acometimiento, que aunque don Hernando de Gonzaga con una banda de caballos ligeros fué el primero que vino á las manos con el enemigo, y mató un capitan, y trescientos ó quatrocientos moros, casi á la par llegaron los esquadrones de la infantería. Fué tal el primer acometimiento, que los alárabes volviéron luego las espaldas: y Barbaroxa con sus siete mil turcos se metió huyendo dentro de la ciudad, y cerró las puertas á gran priesa. El César, como vió tan presto desembarazado el campo, fué á ponerse en los mismos alojamientos donde Bar-

Baroxa tenia sus gentes, con propósito de batir el muro, y ganar la ciudad por fuerza. Luego en entrando en la ciudad Barbaroxa, como iba rabiando y medio loco de corage, dixo que le traxesen todos los cautivos cristianos que estaban en las mazmorras de la fortaleza, que los queria matar. Estorboselo Sinan, judío, pareciéndole baxeza muy grande matar á quien no podia ofender. Supieron esta determinacion de Barbaroxa dos renegados cristianos Francisco Catario, que se llamaba Yafaraguas, y Francisco de Medillin, español, que se decia Memin. Estos dos, que con ser renegados no tenian olvidado el amor de su ley, avisáron á los cautivos, que pasaban de seis mil, de lo que pasaba, y de como se trataba de maltratarlos; y con las llaves que pudieron hallar abrieron las mazmorras, y ayudáron á quebrar de las prisiones, y los sacáron á todos fuera desnudos y maltratados. Así como estaban abrieron las puertas de la fortaleza, y con piedras y palos, y con lo que pudieron hallar a mano matáron algunos turcos: tornáronse luego á meter en la fortaleza, y con la mesma furia acudieron á la sala de las armas, y en un momento se armáron todos, y se pusieron en orden, y comenzáron de hacer ahumadas en señal de la vitoria, para que los nuestros su-

piesen que estaba por ellos la fortaleza. El Emperador y todos, aunque vian las ahumadas, no entendian que podria ser, hasta que de algunos que se salian de la ciudad, y se pasaban al campo de Muleásés, se vino á saber la vérdad. Barbaroxa, como vió la fortaleza perdida; quiso matar á Sinan, porque no le dexó hacer lo que queria de los cautivos. Acudió á la fortaleza, pensando que por halagos y buenas razones le abririan, y respondiéronle con piedras y lanzas. Con lo qual acabó de perder de todo punto la esperanza de poderse defender; y tomando consigo todos los turcos, dió con ellos, y con todo lo que pudo llevar de sus tesoros en Bona, porque allí tenia catorce galeras de respeto para si se viese en alguna necesidad. No fué bien salido de la ciudad Barbaroxa, quando saliéron della los magistrados con el mesuar á entregar á su Magestad las llaves, suplicándole no permitiese que fuesen saqueados, pues se venian á dar de su buena voluntad lo mas presto que habian podido: pedia lo mesmo con grande instancia Muleásés. Bien quisiera su Magestad poderlo hacer sin que su gente se resabiara; pero no se osó determinar á prometerlo, porque no sin razon se receló de algun notable desabrimiento, y tambien porque los de Túnez no merecian

que se usase con ellos de tanta humanidad, pues no habian acudido á tiempo, sino quando ya no tenian remedio ninguno mas que rendirse. El primero que entró en la ciudad fué el Marques del Vasto: acudió á la fortaleza á regocijarse con los cautivos: halló entre otros despojos hasta treinta mil ducados, que Barbaroxa no pudo llevarlos consigo. Estos se le dieron al Marques por el trabajo de aquel dia como á capitan general. Los cautivos fuéron los que comenzáron el saco de la ciudad, y tras ellos entráron todos los demas soldados, que no hubo órden de detenerlos: pusiéronse algunos moros en resistencia, y matáronlos luego. Despues atendieron todos á robar, aunque los tudescos no se hartaban de matar en aquellos infieles, hasta que las lágrimas y alaridos de los niños y mugeres movieron á piedad al César, y mandó que nadie matase a quien no se defendiese con armas. Cautiváronse con todo eso muchas mugeres hermosas y niños, que vimos despues en España muchos dellos. Otros muchos se rescatáron, y aun dicen que rescató el rey Muleásés una de sus mugeres por solos dos ducados, porque el que la vendia no la conoció. Su Magestad fuése derecho al alcázar: agradeció mucho á los cautivos lo que habian hecho por él: mandólos vestir y pro-

veer para que se pudiesen cada uno ir á su tierra. La razon porque en Túnez habia tantos cristianos era porque aquella ciudad habia sido la manida y receptáculo de todos los cosarios; los quales pagaban al rey de Túnez, porque les diese allí puerto seguro, una cierta parte de todas las presas que hacian, así de ropa y dineros, como de personas. Valia tanto esto al rey de Túnez, que apenas tenia renta mayor ni de mas provecho en todo su reyno. Favoreció mucho de palabra y de obra el César á los renegados Memin y Jafer, porque se tornáron luego á su ley. Supo dellos su Magestad muchos secretos de Barbaroxa. Fué este saco de Túnez harto rico, y apenas hubo nadie á quien no le cupiese buena parte de provecho. El que mas perdió en él de todos los ciudadanos fué el mesmo rey Muleásés; porque dexada á parte toda su recámara y alhajas, que fuéron muchas y de gran valor las que se le saqueáron, solas tres cosas le destruyéron, que decia él despues que no las diera por las tres mejores ciudades que tenia: la primera fué una cámara llena de tinturas y colores, como son brasilles, grana, pastel y azules, y otras cosas semejantes en grandisima cantidad: la otra fué una pieza llena de olores, ámbat, zibelo, almizque, mosquetes, y de todas otras

suertes odoríferas, de que Muleáses era muy vicioso, y aun le hubiera despues de costar la vida, porque siempre andaba lleno de olores, y casi no comia cosa sino enlardada con cosas olorosas: la tercera y última cosa que allí perdió, y la que mas él queria, fué una de las mas copiosas y ricas librerías del mundo, adonde tenia exquisitísimos libros en arábigo de todas las ciencias matemáticas, que las sabia él consumadisimamente, y solia decir muchas veces, que á quien le diese otros tantos y tales libros le daria por ellos una ciudad. Las cosas de armas que allí perdió Muleáses eran de grandísimo precio, pero de todo aquello hacia él poco caso. Halláronse en su armería muchos arneses y piezas dellos de lo que allí dexáron antiguamente los franceses en el cerco que tuvo el santo rey Luis sobre Túnez, adonde murió. Miétras los nuestros se ocupaban en el saco tuvo Barbaroxa tiempo para irse á su placer á Bona. A la pasada del rio Bragada dicen que se puso a beber Haydino Cachadiablo, el famoso cosario, y que bebió tanto con la gran sed que llevaba, que rebentó por los hijares. En Bona se detuvo Barbaroxa dos dias enteros, poniendo á punto las galeras que allí tenia para irse en ellas á meter en Argel. Consoló á los suyos, y ellos á él, prometiéndose de emendar



aquella desgracia otro dia en alguna buena ocasion. Fortalecióse de trincheas, y de todo lo necesario para entre tanto que sacaba las galeras, que las habia mandado hundir para mejor esconderlas. Envió el príncipe Doria en su busca de Barbaroxa á un sobrino suyo Adan Centurion, y dióse tan ruin maña, que se volvió sin acometerle. Importaba infinito ganarle aquellas galeras, porque no pudiera huir por mar; y por tierra era imposible que se escapara. Acudió luego á Bona el príncipe Doria, y fué tarde, que ya él era salido, y se habia metido en Argel. Tomóse la fortaleza de Bona: puso su Magestad en ella por su teniente á don Alvar Gomez; y despues pareció cosa impertinente quererla sustentar, y pusose por tierra. Fuera cumplida de todo punto esta insigne vitoria, si se pudiera haber á las manos el Tirano; pero no quiso Dios sino que viviese para castigarnos de su mano con otras mil injurias que nos dió por todo lo que le duró la vida, que fuéron otros once ó doce años. Luego que la ciudad se aseguró del saco, se comenzó á tratar del negocio de Muleases: usó con él su Magestad de la clemencia y magnanimidad suya ordinaria, restituyéndole libremente en su reyno. Las condiciones que le puso fuéron harto livianas y bien tolerables: que pagase cada

un año en reconocimiento de vasallage y tributo dos caballos y dos halcones, y que sustentase de todo lo necesario y del sueldo conveniente á mil hombres, que quedaban de guarnicion en la Goleta: que fuese obligado á mostrarse nuestro amigo en todas las cosas, y enemigo de Soliman: que diese libertad á todos los cautivos cristianos que se hallasen en su reyno, y que de allí adelante no permitiese que ningun cristiano fuese maltratado ni preso en su tierra: que pudiesen entrar y salir, y morar, comprar y vender, y contratar cristianos en Túnez, tener iglesias, decir misa públicamente, y hacer lo que segun ley eran obligados: que no consintiese renegados en su tierra, ni admitiese cosarios en su puerto; y últimamente que si alguna plaza se conquistase en la costa de Berbería, que fuese para el César. Con lo qual Muleáses quedó contentísimo, y puesto en el trono de su reyno, y su Magestad se partió alegre y contento con propósito de cercar la ciudad de África en la mesma costa; pero no hubo lugar de hacerse por entónces, porque los tiempos corriéron contrarios, y no se pudo pasar con la armada de Sicilia. Desembarcó su Magestad en Palermo, y acudiéronle toda la isla con servicios y congratulaciones de la vitoria. Y habiendo descansado allí algunos

días, pasó el estrecho á Rijoles, y por tierras del príncipe de Salerno caminó hasta su gran ciudad de Nápoles. Entróse Túnez por el Emperador á 20 de julio de 1535, habiéndose detenido su Magestad en toda esta guerra solos veinte y seis días.







